



LOS EVANGELIOS

Por Osvaldo Bouille

*“El Reino de Dios no vendrá con observación,
ni se dirá: Vedlo aquí o allá, porque mirad,
el Reino de Dios está dentro de vosotros”.*

(Lucas 17, 20-21)

Jesús se dirige en estos términos al ser humano en su aspecto de eterno buscador de la felicidad perdurable y de la liberación de todo sufrimiento: “El Reino de Dios”, el reino de la eterna, inmutable y siempre gozosa Conciencia divina, está dentro de cada ser.

Podría afirmarse que las enseñanzas de Jesús, acerca del “Reino de Dios”, a veces en lenguaje directo y a veces en forma de parábolas, es decir, relatos simples que transmiten una enseñanza de un modo más comprensible y fácil de recordar, pero plenas de significado metafísico, constituyen el núcleo de su mensaje.

Mensaje que fue transmitido desde el comienzo de su vida pública, san Mateo uno de sus discípulos, nos recuerda que Jesús después de su bautismo en el río Jordán marchó a Galilea y

proclamaba: “...*el Reino de los Cielos está cerca ahora*” Mt 4, 17, e invitaba a realizarlo a través del sentir del corazón expresado en el lenguaje del amor.

Esta invitación Divina expresada en el mensaje de Jesús, aparece contenida en la palabra “Evangelio” o “Buena Nueva”, utilizada por primera vez por el evangelista san Marcos, al referirse acerca de la persona de Jesús, y posteriormente por el evangelista san Mateo, cuando hace referencia al mensaje predicado por Jesús.

El Evangelio tomado ahora en la totalidad de sus expresiones, constituye el tesoro más precioso de la tradición apostólica, y el corazón de la revelación bíblica referida a Jesús. Es la Palabra que trasmite la Verdad, y que hace libre al hombre de los enigmas de las sombras, para guiarlos por el reflejo de la luz al cielo de la eterna plenitud.

En el Nuevo testamento, es decir, el conjunto de libros que contiene comentarios de pasajes, milagros y enseñanzas de Jesús, la palabra evangelio, del griego “euangélio”, significa “buena nueva” o “buen mensaje”, a través del cual Jesús va develando, su amoroso plan de salvación.

Mensaje de salvación, que no sólo Jesús predicó en su vida pública, sino que también encomendó a sus discípulos que lo continuaran difundiendo, por eso antes de su partida les dijo:

“Vayan, por todo el mundo y anuncien la Buena Nueva a toda la creación”. Mc 16, 15.

Y así lo hicieron, transformados ahora en apóstoles o “enviados”, que son ángeles terrenales que sienten en su corazón la musical voz de Dios, y la traducen en acordes melodiosos liberadores de la ignorancia, invitando a los hombres a ser puros de corazón, preparándolos para recibir la Visión Celestial, que es recompensa y promesa del Salvador.

Estas enseñanzas y testimonios que fueron orales en un principio, y luego escritos en parte, fueron conformando la fe de la iglesia primitiva. Estas primeras comunidades cristianas, dispersas en una amplia geografía, reunieron exhortaciones, cartas, y escritos diversos, que contenían las predicaciones de sus apóstoles visitantes y de testigos vivientes. Con el tiempo, reunidos y ordenados, conformaron lo que se conoce como el “Nuevo Testamento”.

Conformación del Nuevo Testamento

La Biblia es la *“palabra de Dios”*, escrita bajo la inspiración del Espíritu Santo; en la que Dios nos habla *por medio de hombres y en lenguaje humano*. Su primera parte se conoce como el Antiguo Testamento, donde se narra desde el Génesis de la creación, hasta las circunstancias que dieron lugar a un encuentro justo y sincero entre Dios y el pueblo de Israel.

Entre los judíos, cuando se citaba algún pasaje del Antiguo Testamento con valor de palabra de Dios se decía: “*está escrito*”. Con el tiempo muchas referencias sobre Jesús tuvieron ese reconocimiento.

Lentamente empezó a circular entre los primeros cristianos una amplia literatura referida a Jesús; algunos escritos adquirieron pronto tanta autoridad y prestigio, que empezaron incluso a leerse frecuentemente en las celebraciones, antes reservadas casi exclusivamente al Antiguo Testamento.

Así aparecieron los primeros libros que iban a componer el Nuevo Testamento; el primero fue la carta de san Pablo a los Tesalonicenses, luego los cuatro Evangelios y los Hechos de los apóstoles.

Es recién a comienzo del siglo II cuando algunos de estos libros empiezan a mostrar una autoridad igual o parecida, a la del Antiguo Testamento. En el año 170

la comunidad cristiana de Roma, fija el primero y más antiguo canon que existe con 24 libros, que era muy parecido al actual.

Criterios que se usaron para su selección

Este primer conjunto de libros autorizados y reconocidos por la Iglesia como inspirados por Dios, fue un gran paso para

la conformación del Nuevo Testamento, pero en un principio era sólo obligatorio para la Iglesia de Roma.

Poco después, los obispos de otras comunidades empezaron también a elaborar sus propios cánones, que no siempre eran coincidentes, entonces se dieron cuenta que era necesario unificar un criterio de selección. Se puede deducir por escritos eclesiásticos posteriores, que los criterios seguidos por las autoridades de la Iglesia para discernir cuales eran autorizados y cuáles no, fueron tres:

- La “*conformidad con la fe*”: es decir, cuidaban que el contenido de los libros coincidiera con lo que se venía enseñando en las comunidades, respetando la fe y el reconocimiento de Jesús como Hijo de Dios.
- El “*origen apostólico*”: estos libros debían proceder de algún apóstol de Jesús, o de alguien que hubiera estado en contacto con alguno de ellos.
- El “*uso litúrgico continuo*”: Además tenían que ser leídos desde hace mucho tiempo en las reuniones litúrgicas con sumo provecho espiritual y gozando de prestigio.

Es recién en el Concilio de Hipoma, año 393, ciudad del norte de África, reunido por San Agustín, donde se fija en 27 los libros del Nuevo Testamento; que terminaron aceptándose

a partir del siglo VI en todas las Iglesias. Estos libros son los siguientes:

- Los 4 Evangelios, escritos por san Marcos; san Mateo; san Lucas y san Juan
- Los Hechos de los Apóstoles que dan testimonio del nacimiento de la Iglesia primitiva, escrito por san Lucas,
- Las 21 Cartas de los distintos Apóstoles a las comunidades cristianas.
- El Apocalipsis o revelaciones proféticas de Jesús, escrito por san Juan.

Los cuatro Evangelios

Dios nos acaricia dulcemente como una madre atenta y preocupada por el sentir de sus hijos, con el susurro de la palabra justa que el corazón pueda descifrar; así nacen los cuatro evangelios, cada uno con su particular óleo sagrado, que impregna y cura las necesidades del alma en el milagro de existir.

Pero los cuatro evangelios conforman en realidad un solo evangelio. Es un amoroso mensaje a nuestro corazón, una invitación divina a desalojar nuestra atención del ritmo cotidiano de la vida, envuelto en la finitud y la materia, para que resuene libremente en nuestro interior, el armonioso compás infinito de la Eterna Felicidad.

Así cada autor tiene su propia pedagogía, de acuerdo a la comunidad a la que es destinado su evangelio, es un lenguaje sencillo que se identifica con su historia y tradición; va bordando un mensaje de salvación con un hilo conductor que mantiene viva la Palabra, resonando su llamado hasta provocar un eco que conquista la lejana indiferencia del corazón; cada uno con su particular luz vivencial, que iluminan los sueños celestes de la vida, hasta hacerlos realidad. Estos son:

San Marcos: El evangelio del catecúmeno, o del iniciado

“...Y ustedes, ¿quién dicen que soy yo? Pedro le contestó: Tu eres el Mesías” (Mc 8, 29)

El evangelio de Marcos es el más antiguo y más breve de los cuatro. Es un manual básico para los catecúmenos, es decir, un evangelio escrito principalmente para los fieles de Roma de origen pagano, que comenzaban su acercamiento al cristianismo.

Se reunían en las casas de sus seguidores para las celebraciones, y recibir el mensaje de la Buena Nueva.

Este evangelio quiere demostrar que Jesucristo es el Mesías, el Hijo de Dios, que murió y resucitó, por eso narra los hechos que muestran su autoridad, los milagros y las actitudes que ayuden a levantar el velo sobre la verdadera identidad de

Jesús, mostrar su filiación divina y lograr una profesión de fe en el corazón de los iniciados.

La tradición lo identifica a este evangelista, como natural de Jerusalén. Si bien no formó parte de los “doce”, fue fiel compañero y discípulo del apóstol san Pedro. Al final de sus largos viajes juntos, se quedaron predicando en la comunidad de Roma; donde san Marcos escribió su evangelio hacia el año 70, basándose en los recuerdos y testimonios de su maestro.

San Mateo: El evangelio del catequista y del discípulo

“Se sentó y sus discípulos se reunieron a su alrededor. Entonces comenzó a hablar y les enseñaba diciendo: Bienaventurados los pobres en espíritu, porque de ellos es el Reino de los Cielos...” (Mt 15, 1-2-3).

A este evangelio se le llama “el evangelio del catequista”, o sea aquella persona que trasmite las verdades del mensaje, porque presenta en forma amplia las enseñanzas de Jesús, dando instrucción para aquellos que ya han recorrido la etapa catecúmena o de inicio, y quieren ahora ser bautizados y formar parte de esta comunidad; por eso algunos lo llaman también el evangelio “eclesial”.

Más que ningún otro destaca la importancia de ser discípulo, y lo propone como modelo y ejemplo a las comunidades cristianas. Su evangelio utiliza el término “discípulo” 73 veces.

Es el único que usa el verbo “hacer discípulo”, y el que más emplea el verbo “aprender”, actitud importantísima para comprender el mensaje de Jesús.

San Mateo era cobrador de impuestos en la ciudad de Cafarnaún, pero al recibir la invitación de Jesús, dejó todo para seguirlo; posteriormente compuso su evangelio, en base a testimonios directos y de otros escritos, según se estima entre los años 80 y 90 en la ciudad de Antioquia, la capital de la región de Siria.

Está dirigido principalmente a una comunidad de origen judío, de ahí que el estilo, la mentalidad y las alusiones sean fundamentalmente referidas al Antiguo Testamento.

Pero también Siria es una comunidad que estaba abierta a todas las personas anhelosas del Señor, haciéndolas participe del mensaje de salvación predicado por Jesús; esta actitud de apertura san Mateo la expresa de la siguiente manera: “*el evangelio debe ser anunciado a todas las gentes*” Mt 28, 19, y “*al banquete son invitados todos*” Mt 22, 9 y comprende otras citas similares que expresan con claridad esta universal misión evangelizadora.

En este evangelio, Jesús es el Hijo de Dios-hombre, que enseña y que habla del Padre y de su plan de salvación. Por eso se interesa en forma especial por “*la palabra*”, predica en forma extensa el llamado a la conversión, o sea el giro de nuestra

atención del mundo hacia nuestro interior, para que podamos descubrir el Reino de Dios en nuestro corazón.

Por otra parte, es el que más subraya la labor docente de Jesús en la formación de discípulos: “*y abriendo la boca les enseñaba diciendo...*” así comienzan “*las bienaventuranzas*”, parte inicial del “*Sermón de la montaña*”, Mt 5-6-7, que son el corazón y la síntesis del mensaje evangélico que vino a transmitirnos; y la “*Instrucción a los misioneros*” Mt 10, que sirvió de inspiración y modelo, para su labor misionera a San Francisco de Asís.

En él se valora además la predisposición del alma buscadora de la Verdad, que escucha atenta, que comprende rápidamente y que busca consuelo en ese Jesús que encarna en su propia persona el ejemplo de la enseñanza transmitida.

Así el discípulo cautivado por su bondad y su belleza abre su corazón al néctar celestial, portal inicial del camino espiritual, que permite comprender en profundidad que el camino a la felicidad no es escapar del sufrimiento, sino perderse en la ajena necesidad.

San Lucas: El evangelio de la Misericordia, el perdón Divino.

“De la abundancia del corazón habla la boca” (Lc 6, 43-49)

El Evangelio de san Lucas es llamado el evangelio de la misericordia, porque está orientado a mostrar la ternura de Dios para con todos los hombres que cometen errores por inconciencia de amor. Misericordia que nace de la amabilidad, comprensión y alegría, fruto de la unión con el Espíritu Divino, fuente de liberación y gozo de los corazones desorientados.

Es una invitación a reconciliar a los hombres con Dios y entre sí. Por eso nos traduce en parábolas el sentimiento de la misericordia, que transforma nuestro corazón, en un corazón caritativo que comprende, perdona y olvida.

Pone particular énfasis en el amor que cada discípulo debe tener a Dios y al prójimo, y el valor de la oración en la vida del cristiano, fuente de donde brota el sentimiento del perdón, que permite mirar con ojos de niño puro a su Padre Celeste cuya misericordia no conoce límites. Enseñándonos de este modo el arte del bien vivir.

Además nos da una referencia clara y precisa sobre la capacidad de perdonar que debemos llegar a expresar, cuando nos dice: *“Si tu hermano te ofende siete veces al día y otras tantas, y otras tantas vuelve arrepentido y te dice: lo siento; perdónalo” Lc 17, 3-4.* Con esta enseñanza, Jesús nos invita a perdonar hasta que el perdón sea una necesidad natural de nuestro corazón.

San Lucas era un médico sirio, hombre culto y perfecto conocedor del griego, si bien no fue discípulo directo de Jesús, se llenó de su “*testimonio*” a través del apóstol san Pablo; escribiendo su evangelio en los años ochenta, donde incorpora además los dulces recuerdos de María la madre de Jesús y otros discípulos; es un evangelio destinado principalmente a paganos y cristianos de origen griego.

San Juan: El Evangelio espiritual o de los signos.

“Yo soy el pan de vida; el que viene a mí jamás tendrá hambre, el que cree en mí jamás tendrá sed.” (Jn 6, 30-35)

A este Evangelio se le llama el “Evangelio espiritual” del cristiano maduro; porque contiene una larga reflexión acerca de la esencia de Jesús; elabora conceptos como: “pan de vida”, “agua viva”, “espíritu y verdad”... que son el centro de su mensaje.

No son tanto palabras dichas por Jesús, sino discursos sobre Jesús. Son tan elevados como el vuelo del águila, que participa en la cumbre de los secretos de la Divinidad y en su vuelo rasante sobre la tierra hace participes a los hombres, develando sus misterios en signos luminosos, que señalan a la mente-corazón lo que le cuesta captar en plenitud y totalidad.

Así se expresan conceptos como “Yo Soy”...Palabra, Vida, Luz, Camino, Verdad, Resurrección, que leemos asombrados,

pero que a la luz de la fe, disipadas las sombras, como la nubes al sol, permiten descubrir que nosotros también somos espíritus buenos, hijos de la Luz.

Por eso es también considerado el evangelio de los signos, destinado a despertar la fe del cristiano iniciado. Quiere demostrar que estos signos o sacramentos son la prolongación de aquellos gestos de amor redentor mostrados por Jesús en su predicación. Así se considera al agua: signo del bautismo; los panes: signo de la eucaristía; la ceguera: signo del hombre que no se ha encontrado con Cristo-Luz; la hostilidad de los enemigos de Jesús: signo del hombre que no quiere aceptar a Dios...

Sus discursos no tratan sobre el tiempo del Jesús histórico, sino sobre la misión de Jesús en el mundo: ser el Mesías, el enviado del Padre, Luz del mundo, Agua viva, Pan celestial, el Cristo Viviente.

Pero también insiste dulcemente en los detalles más humanos de su vida. Divinidad y encarnación aparecen así como dos caras de una misma realidad. Expresa con claridad la relación entre la vida y la fuerza del amor, por eso nos dice: *“Les doy un mandamiento nuevo: que se amen los unos a los otros. Ustedes deben amarse unos a otros como yo los he amado”*. *Jn 13, 34*. Es una maravillosa enseñanza que muestra con claridad como debe ser la expresión del amor entre los hombres.

Este evangelio atribuido a san Juan, fue escrito en distintas circunstancias de tiempo y lugar, precedido por un prólogo glorioso que comienza diciendo:

En el principio era la Palabra,
y la palabra estaba ante Dios,
y la palabra era Dios.
Ella estaba ante Dios en el principio.

Por Ella se hizo todo,
y nada llegó a ser sin Ella.
Lo que fue hecho tenía vida en ella,
y para los hombres la vida era luz.
La luz brilla en las tinieblas,
y las tinieblas no lo recibieron.

Introducción que preanuncia la fecunda lluvia de revelaciones que irá impregnando al alma hasta recuperar su verdadera identidad.

La comunidad cristiana

“...la Palabra del Señor se iba extendiendo por toda la región” (He 13, 49)

Las primitivas comunidades cristianas recibieron el maná de la Palabra en forma de evangelio, que los alimentó en el desierto de la fe, hasta el encuentro de la Verdad.

Cada uno de los evangelistas nos da una perspectiva particular de Cristo, que es un conocimiento de modo gradual como ellos mismo lo vivieron; son cuatro caminos para llegar al corazón del mensaje:

- San Marcos a través de sus enseñanzas va abriendo los ojos a los iniciados, para que comprendan quién es Jesús, cual es su enseñanza, y como comenzar su itinerario para llegar al encuentro con la Bondad.
- San Mateo intenta formar al nuevo miembro, ahora integrado como discípulo, que quiere vivir el bautismo dentro de la iglesia, se le enseña que su vida, igual que una flor, debe desprender el néctar del amor en su relación con los demás miembros de la creación, impregnando su corazón de: humildad, desprendimiento, pureza, misericordia...fe, que son la esencia del camino espiritual.
- San Lucas nos presenta a Jesús como el gran amigo de los que pierden el rumbo de sus vidas y así se alejan de la casa del Padre; es el que nos va a buscar, como a la oveja perdida, y cuando nos encuentra se alegra, no juzga, sólo comprende y perdona. Es para que entendamos que en el

juego de la vida nos podemos equivocar, pero siempre hay una nueva oportunidad que nos permite unirnos a la caravana de los buscadores de la infinita felicidad.

- San Juan nos muestra que Divinidad y encarnación son dos caras de un mismo misterio. Mientras muestra los detalles más humanos de su vida, va descubriendo progresivamente con signos y milagros la insondable Divinidad de Jesús para aquellos que lo aceptan mediante la fe y descubren en Él la fuente del Agua Viva, que sacia la sed de Eternidad.

Así los cuatro evangelios son un cimiento vivo para el edificio de nuestra vida cotidiana, que la hace sólida contra el río impetuoso de la desorientación que nos arrastra al mundo y retrasa nuestra presencia a la cita de la invitación divina para que yo y mi Padre seamos uno.

Como expresión de este anhelo amoroso, recuerdo la última frase la de Biblia:

“Ven, Señor Jesús. Que la gracia del Señor esté con todos.”

Apocalipsis 22, 20-21

*Por el Prof. Osvaldo Bouille
Miembro del Colegio de Profesores de la Fundación Hastinapura*